

CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS: UNA APERTURA

CUANDO en 1971 los Estados Unidos realizaron la apertura china y aumentaron la importancia y el alcance de sus relaciones con la Unión Soviética, comenzó a especularse con la posibilidad de una apertura hacia Cuba. La aproximación a China comenzó con un torneo de ping-pong; el de béisbol entre Estados Unidos y Cuba parecía también un principio de deshielo en las relaciones. Pero no tuvo continuación. En 1973 volvió a hablarse de reanudación de relaciones —de alguna forma— cuando se firmó un acuerdo sobre piratería entre Estados Unidos y Cuba, por el que los dos países se comprometían a devolverse mutuamente los aviones y las embarcaciones secuestrados y dirigidos a cada uno de ellos y a hacer lo posible por evitar en el futuro tales actos y no alentar a los secuestradores. Fue un acto aislado. Quizá hubiese sido el primero en una serie de aproximaciones mutuas; pero el golpe de Chile lo interrumpió. Las relaciones entre Cuba y Chile eran, como se sabe, fraternales a pesar de la diferencia de regímenes. Cuba acusó inmediatamente a los Estados Unidos de haber producido el golpe de Chile y de organizar la inmediata persecución de los residentes cubanos —incluyendo los diplomáticos— en Chile. Estas acusaciones fueron esgrimidas en Washington como ataques directos y amenazas de intervención revolucionaria, y de nuevo la aproximación se volvió atrás.

Al mismo tiempo se hicieron más débiles las presiones de los países hispanoamericanos para el desbloqueo de Cuba para la reapertura de relaciones. Los dos hechos de Chile, revolución y contrarrevolución, han influido enormemente en toda la política continental americana. El bloqueo hemisférico, como se sabe, fue impuesto por la Organización de Estados Americanos (OEA), donde predominan los Estados Unidos, en 1964. Un país no lo aceptó, México, aludiendo a una constancia tradicional en sus relaciones exteriores (que no coincide necesariamente con su política interior) y mantuvo su embajador, sus líneas aéreas y sus relaciones comerciales (aunque bastante disminuidas) con Cuba. A lo largo de estos años, otros países de la OEA han ido reconociendo el régimen cubano y, a veces, volviéndolas a romper, según la evolución de sus políticas interiores o la importancia de sus relaciones con Estados Uni-

dos, pero con la tendencia a aumentar. Con Perú y Chile, el número de países relacionados con Cuba llegó a ser de seis. El Departamento de Estado veía con inquietud la defeción constante de países de la OEA con respecto al bloqueo, y sin duda hubiese deseado modificar su propia política en ese mismo sentido.

Pero las presiones interiores contra la apertura hacia Cuba son muy fuertes y muy poderosas. Puede decirse que los dos temas más duros de la política exterior americana, por razones interiores, son Israel y Cuba. Israel está defendido por una importante masa electoral de religión judía, por los medios de información, por la gran banca. Cuba, por un «lobby» poderoso en el que los exiliados de Miami representan un papel muy activo. Las grandes industrias y los grupos de la mafia que mantenían en la isla burdeles y casinos de juego tienen la esperanza de reimplantarse y recuperar sus negocios. Las grandes industrias pretenden no solamente la recuperación de Cuba, sino la ejemplaridad para evitar las repeticiones: que ningún país pueda nacionalizar, expulsar al capital norteamericano, sin recibir de alguna forma un castigo severo. Se ha hablado —hasta en alguna novela de política-ficción— de que Kennedy fue asesinado por no haber realizado Cuba en el momento de la «crisis de los cohetes» o «del Caribe» y porque se temía que en sus acuerdos globales con Krutchev figurase el mantenimiento del nuevo régimen cubano (sin ningún dato real que abone esta tesis, se ha especulado también acerca de que pudo haber sido asesinado por los intereses del petróleo tejano frente a los del petróleo árabe, por su decisión de acabar con la guerra de Vietnam, y por otras muchas causas). Se dice que la CIA está enormemente influida por los cubanos, cuyos activistas han sido utilizados en operaciones en otros países. Y sobre todo se les atribuye hoy un importante poder cerca del Presidente Nixon: el que ejerce «Bebé» Rebozo. Es uno de los personajes del conjunto de problemas conocido con el nombre de Watergate. Rebozo es un banquero multimillonario que se habría encargado de muchas de las operaciones financieras de Nixon, incluso de las referentes a sus terrenos y casa en San Clemente, a la colocación y la inversión de su dinero y del dinero de

la campaña electoral. Rebozo es cubano y se cree que su banco maneja el capital de los cubanos exiliados en Estados Unidos y en otros países, y que su influencia sobre Nixon es decisiva.

Por eso se suele decir en Washington que con respecto a Cuba hay una política distinta en Nixon que en Kissinger. El consejero y secretario de Estado intentaría la reanudación de cierta forma de relaciones, Nixon sería contrario a ellas. Kissinger va a hacer un viaje a México el mes que viene para celebrar una conferencia, dentro del cuadro de la OEA, con los ministros de Asuntos Exteriores de los países iberoamericanos. Está pendiente el tema del Canal de Panamá, pero también la situación del hemisferio tras la nueva política chilena. Además de los asuntos del orden del día y de las conversaciones más o menos secretas, Kissinger va a preparar un viaje personal por numerosos países del continente, que se celebrará probablemente en abril. ¿Va a aprovecharlo para «escaparse» a Cuba clandestinamente, como lo hizo con China aprovechando un viaje por Asia? Se le preguntó por la cuestión en una conferencia de prensa tenida a fines de diciembre, y Kissinger respondió que había habido dos obstáculos mayores, que prevalecían, para una mayor aproximación entre los dos gobiernos: uno era «la hostilidad del gobierno de Cuba» que no parecía dispuesto, según Kissinger, a tal aproximación. El otro, la decisión cubana de mantener «una política revolucionaria en todo el hemisferio».

Pero el 7 de enero, el embajador de Cuba en México, Fernando López Muiño, ha hecho unas declaraciones que se han considerado como muy importantes en este tema de la aproximación. Ha dicho que Cuba está dispuesta «a discutir, no a establecer» relaciones con los Estados Unidos, a condición de que Washington suspenda previamente el bloqueo contra la isla. Ha añadido que la existencia de la base militar de Estados Unidos en Cuba, Guantánamo, no constituía un obstáculo para que se celebrasen estas negociaciones. Esta declaración no ha sido un hecho aislado. El día 10, el ministro cubano de Relaciones Exteriores, Raúl Castro, ha hecho unas puntualizaciones en el mismo sentido —para evitar, dice, «interpretaciones caprichosas» de las declaraciones de su

embajador en México—, en las que insiste en que el único obstáculo para que se celebren conversaciones entre Cuba y Estados Unidos es el actual bloqueo económico, y quedaría abierta la vía para la reanudación de relaciones diplomáticas. Con respecto a la acción revolucionaria de que había sido acusado por Kissinger, Raúl Castro dijo que el régimen de su país «no está comprometido en una guerra santa contra los Estados Unidos». Explicó que la responsabilidad de la ruptura de relaciones —que data de 1961— corresponde a Estados Unidos y que Cuba no está dispuesta a dar el primer paso para reanudarlas. ¿Es, sin embargo, éste un primer paso? Para La Habana tiene que ser algo más que palabras: un acto como la supresión del bloqueo. Sin condiciones. «Una vez que el bloqueo sea eliminado —dice la declaración—, podrán comenzar las discusiones con el reconocimiento de los representantes de los Estados Unidos de que su país no tiene ningún derecho a intervenir en asuntos relativos a la soberanía de las naciones latinoamericanas». Reconocimiento que, sin duda, los representantes de Estados Unidos no tendrían inconveniente mayor en afirmar.

Estas declaraciones del embajador y del ministro han comenzado a estudiarse en Washington, donde se responde a ellas con cautela y discreción. No sin dejar de insistir en que les parecen contradictorias con los discursos pronunciados por Fidel Castro en el Congreso de Trabajadores del mes de noviembre y en el que ha pronunciado después en la conmemoración del quince aniversario de la revolución y de la caída de Batista. Castro ha dicho que su país está dispuesto a enviar tropas a cualquier país latinoamericano «que necesite que los cubanos combatan a su lado contra la agresión imperialista». Pero Washington puede apuntarse la observación de que esas tropas no aparecieron en Chile en ningún momento. El discurso de noviembre era algo más preciso en este aspecto. «¡Nuestro país ha cumplido y cumplirá con sus deberes internacionales! —decía Castro entonces—. ¡Y al recordar a los cubanos que cumplen sus deberes en otras tierras, no debemos olvidar a los compañeros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, que de una forma u otra también cumplen sus deberes como técnicos en varios paí-



La existencia de la base estadounidense de Guantánamo, en territorio cubano, no obsta para que Cuba esté dispuesta, según ha hecho saber a través de su embajador en México, a «discutir, no a establecer» relaciones con los Estados Unidos.

Juan Aldebarán

ses!». Otra frase de Castro en esa fecha: «Si la gran patria de Lenin ayudó a Cuba en momentos decisivos con todas sus fuerzas, justo es que nosotros ayudemos también en la medida de nuestras fuerzas a otros pueblos revolucionarios».

Pero el tema del discurso de Fidel Castro en el Consejo Obrero no era ni mucho menos éste —que aparecía solamente al final, en el grupo tradicional de salutations y recuerdos—, sino el del estado de la revolución en el campo económico y laboral. Discurso que ha sido bastante tergiversado en su alcance, que ha sido considerado erróneamente como un paso atrás o como una confesión de fracaso por el hecho de que marque directrices nuevas o explique que no todos los objetivos previstos se han realizado, como podría hacerlo cualquier gobernante de cualquiera de los países del mundo en este momento, y porque haya marcado la vía de los estímulos morales y materiales con esta frase: «De cada cual según su capacidad a cada cual según su trabajo».

Pero en el Departamento de Estado de los Estados Unidos se ha visto en este largo y extenuante discurso, en el que han sido examinados todos los sectores económicos y laborales de Cuba, como una idea de renovación económica que sólo podría ser conseguida plenamente con la supresión del bloqueo económico, a pesar de algunas frases como ésta: «La batalla económica es fundamental, y esa batalla sólo se podrá ganar con la máxima par-

ticipación de nuestras masas trabajadoras». Cuando el Departamento de Estado relaciona su interpretación de ese discurso con las frases sobre el bloqueo de López Muiño y de Raúl Castro, piensa que efectivamente Cuba estaría dispuesta a negociar sobre esa base. ¿Cuál podría ser la contrapartida obtenida por Washington? ¿La supresión de focos de rebelión? El Departamento de Estado no puede estar tan confundido por su propia propaganda como para no saber que si esos movimientos revolucionarios tienen la solidaridad cubana y han tenido en otros momentos una ayuda mayor —como la que pudo prestar el comandante Guevara—, su verdadero fondo es nacional y obedece a unas condiciones de vida típicas de subdesarrollo, de miseria y opresión. Una cosa es lo que maneje la propaganda y otra muy distinta el análisis que deben hacer los gobernantes sobre los hechos que les afectan. El movimiento hacia el socialismo de Chile (y en otro aspecto muy distinto, el peruano) no tuvo gran cosa que ver con Cuba, y aún podría decirse que la larga visita de Fidel Castro a Santiago le perjudicó más de lo que le favoreció, y la existencia de Cuba como nación militante no pudo evitar su caída a mano armada. Podría en cambio obtener Washington un principio más en su imagen de «política de la negociación», la eliminación de un contencioso con la Unión Soviética y una nueva forma en sus relaciones con el subcontinente. Podría, sobre

todo, no dejar la iniciativa de apaciguamiento a Cuba. En este momento, tras las dos declaraciones, la tiene. El bloqueo económico está, como se sabe, proscrito por el derecho internacional; es considerado en ciertos aspectos como un «casus belli» y ayuda a la definición de nación agresora.

Probablemente, el alcance de las declaraciones cubanas no es tanto el de conseguir realmente el fin del bloqueo, en el cual no deben confiar demasiado por ahora, como disipar la imagen de que si las relaciones no se reanudan es porque Cuba es hostil a ellas. Esto es, dejar a los Estados Unidos, precisamente en el momento de la reunión de México, enfrentados a su propia responsabilidad de abrir o no abrir las negociaciones.

Como queda dicho, las respuestas de Washington son, hasta ahora, cautelosas. El portavoz oficial del Departamento de Estado, George Vest, ha dicho: «No disminuimos su valor. Pesaremos todas las cosas». Tras las declaraciones de López Muiño, dijo que esperaba «alguna mayor evidencia» de que Cuba descaba realmente mejorar las relaciones: la declaración de Raúl Castro vino a confirmarlas. Ambas —dice ahora el Departamento de Estado— sirven para mostrar que uno de los dos obstáculos señalados por Kissinger para la mejora de relaciones, el de la falta de voluntad de Cuba para ello, ha sido «parcialmente» levantado. Sin embargo, en los círculos cubanos influyentes de Estados

Unidos se dice que estas declaraciones «no aportan nada nuevo» —según la frase consagrada— y que están hechas sobre todo para influir en los ministros de Relaciones Exteriores hispanoamericanos que van a reunirse con Kissinger en México. Pero la visita que Brejnev va a hacer a Cuba antes de que termine este mes puede tener también mucha relación con las cuestiones. Se estima que la URSS, al mismo tiempo que mantiene sus ofertas de ayuda en todos los sentidos al régimen, le indica que no debe perder ninguna ocasión de mejorar su relación con Estados Unidos hasta llegar a unas relaciones diplomáticas normales, y se supone también que la URSS está presionando sobre Washington en el mismo sentido, ofreciendo sus propias garantías de que la revolución cubana no va a mostrarse materialmente agresiva contra los Estados Unidos o sus intereses en el continente.

No está excluido que Kissinger tenga en México una conversación —¿secreta?— con el embajador cubano. El hecho de que haya sido él el primero en hacer la declaración considerada como de apertura se interpreta como una designación de «interlocutor válido». En este momento, la falta de contactos directos entre Washington y La Habana no tiene sentido. No lo tiene a la luz de costumbres ya históricas: si no han cesado las relaciones con la URSS en plena guerra fría, bano; si Nixon visitó con gran entusiasmo mutuo China en plena guerra de Vietnam, y aun durante esta guerra abierta entre soldados de Estados Unidos y vietnamitas no se han interrumpido los contactos entre los dos países (primero, por las embajadas respectivas en Varsovia; luego, durante los años de conversaciones a la luz pública en París), no está realmente claro por qué no se mantienen relaciones de algún tipo, hasta que se terminasen sus contenciosos, entre Estados Unidos y Cuba. Sobre todo, después de la declaración cubana.

A no ser, naturalmente, el problema de la política interior, la presión de los intereses del «lobby» cubano. La gulliverización del gran gigante americano, atado con hilillos y con alfileres por las numerosas minorías representantes de intereses privados, de razas, de religiones o de naciones, es un tema muy interesante. Pero es otro tema. ■